

Juan José Arreola en Berkeley

LUCHA CORPI |

Trasfondo histórico-político

Era mayo de 1972 en la Universidad de California en Berkeley, California, con una población de aproximadamente 26,000 estudiantes. Tres años antes, a fines de 1968 y principios de 1969, alrededor de 200 estudiantes del tercer mundo-afro-americanos (Blacks), chicanos (mexicoamericanos), asiáticos (chinos, coreanos, japoneses) y descendientes de pueblos indígenas pre-colombinos de ambos géneros se habían lanzado a una huelga estudiantil. Exigían que se reclutaran y admitieran a más estudiantes de grupos minoritarios, y que se estableciera un “colegio” de estudios étnicos, con cuatro departamentos de estudios respectivos a cada grupo.

Aparte, los estudiantes chicanos de ambos sexos exigían que no se sirvieran uvas de mesa en las cafeterías de los dormitorios y restaurantes en el campus. Así daban apoyo a la huelga (“la causa”) del sindicato de trabajadores agrícolas (United Farm Workers Union-UFW) en California, encabezado por Dolores Huerta y César Chávez.

El rector y cuerpo docente de la universidad se negaban a conceder hasta la más mínima de las demandas de los estudiantes de “color”. Las autoridades universitarias, municipales, y estatales, en conjunto, habían respondido con sus grupos de choque y con gas lacrimógeno. Decenas de heridos y tantos otros en las cárceles. Los que quedaron libres y en pie prosiguieron con la huelga. Los enfrentamientos entre la policía y los estudiantes se volvieron más violentos. Ronald Reagan, gobernador del estado en esa época, pidió que un contingente de la guardia nacional sitiara el campus. Suceso inaudito, ya que fue la primera vez en la historia del país, que se le permitía a un ejército ocupar un plantel estudiantil. Ante tal afrenta, muchos de los catedráticos y estudiantes angloamericanos se unieron al movimiento.

La huelga de los estudiantes del tercer mundo duró seis meses. Se logró el establecimiento no de un departamento sino sólo de una "división" de estudios étnicos, la que incluía los cuatro programas antes mencionados, con un presupuesto bastante bajo. El departamento de español y portugués en el campus de Berkeley ofrecía sólo un par de cursos sobre la literatura de América Latina, incluyendo México. Todo lo mexicano, en ambos lados de la frontera, y por consiguiente lo chicano, no era importante sino únicamente para aquellos que eran víctimas del prejuicio en E.E.U.U: los chicanos y latinos. Fue entonces que los chicanos y las chicanas se lanzaron a promover todo lo mexicano, aun con más ahínco

Siguiendo el ejemplo de El teatro campesino, estudiantes chicanos y chicanas formaban pequeños grupos de teatro. Luis Valdez era el fundador y director de El teatro campesino en San Juan Bautista, California. Esta tropa de actores armaba sus tinglados dondequiera que hubiera campesinos de ambos sexos y braceros laborando o donde los huelguistas formaban sus filas de "piqueo". Los entretenían al mismo tiempo que les daban ánimo al presentar obras pertinentes a su situación, y en el lenguaje que ellos bien entendían. Subrayaban la posibilidad de alcanzar sus metas al unirse al movimiento de la Unión-UFW.

En la Universidad de California, las primeras lecturas de textos mexicanos relevantes al estudiantado chicano fueron *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz; *La muerte de Artemio Cruz* de Carlos Fuentes; *Balún Canán* de Rosario Castellanos; *El llano en llamas*, *Pedro Páramo* y *El gallo de*

oro de Juan Rulfo; *La Feria*, *Confabulario*, y cuentos varios incluyendo "El guardaguas" de Juan José Arreola.

Entre las obras de los primeros escritores chicanos de la nueva "ola" cultural y política, a partir de 1950 a 1971 destacan *Pocho* de José Antonio Villarreal, *City of Night* de John Rechy, *Plum Plum Pickers* de Raymond Barrio, entre otros.

Preámbulo personal

Ya mucho se ha dicho que la memoria es infiel. Que traiciona. No hay duda. Lo hace. La memoria no tiene calendario con El Popo velando al Ixta en la cubierta, ni agendas. Las fechas se apilan unas sobre otras. Trato de recordar la fecha exacta. Pido disculpas por estos desvíos de mi almanaque interno de antemano.

La fecha exacta, no la recuerdo. Han pasado más de 45 años desde aquel día en el que mi hijo Arturo, de apenas cinco años, y yo, tomamos el vuelo al Distrito Federal como lo hacíamos cada año, en camino a San Luis Potosí, a ver a mi familia y la de su papá. Además de ser estudiante en la Universidad de California en Berkeley, yo me ganaba la vida trabajando de secretaria del profesor Oswaldo Asturias, quien fue el primer director del programa de estudios chicanos en 1969. A él le siguió como director Eduardo Hernández Chávez.

Aquel día llevaba en mi bolso de mano dos cartas firmadas por el director y dirigidas respectivamente a los escritores mexicanos Juan Rulfo y Juan José Arreola. El programa de Estudios Chicanos en la Universidad de California en Berkeley extendía invitación a los

dos escritores a dictar cursos sobre literatura mexicana o facilitar talleres de creación literaria en español. Guillermo E. Hernández, mi exesposo y padre de mi hijo, había ya establecido contacto con ellos y se encontraba en el D.F. Le entregué las cartas, pero Guillermo insistió que nuestro hijo y yo lo acompañáramos, conociéramos y le entregáramos a cada escritor su invitación personalmente.

El maestro Rulfo

Juan Rulfo nos recibió en su oficina. Era un hombre amable, aunque serio y retraído. Se levantó, pero no nos ofreció asiento. Permanecimos todos de pie mientras él abría y leía la carta de invitación, la que contenía el corto contrato de aceptación, todos los detalles pertinentes a su sueldo, cursos a enseñar, alojamiento, y otros datos de su estancia en Berkeley. Muy callado, mi hijo Arturo lo observaba y el maestro Rulfo lo miraba de reojo. Agradecía la invitación, me dijo, pero no le era posible aceptarla. Explicó brevemente que él ya no viajaba mucho y menos aún al exterior. Le sonreí. Tratando de persuadirlo le recordé que, para los chicanos, cultural e históricamente, California seguía siendo México. El esbozo de una sonrisa fue la única señal de que le había divertido mi comentario. Pero no lo hizo cambiar su decisión.

Le agradecí su gentileza en recibirnos. En ningún momento le mencioné que había leído una y otra vez sus obras. Nada del impacto doloroso que había sufrido en el alma. Tampoco le pregunté quién había sido en su vida la "Susana San Juan" de *Pedro Páramo*. Comprendía ya que todo ser real sufría una transformación al pasar por el umbral entre

la realidad física de lo cotidiano y la realidad trabajada ya por la imaginación y nutrida por las fantasías del subconsciente. Por supuesto que este procesamiento es precisamente lo que daba pie al realismo mágico en la obra de Juan Rulfo.

Guillermo extendió su mano para despedirse y Rulfo aceptó apenas si estrecharla. Imitando a su padre, Arturo también extendió su mano. Rulfo la acunó entre las suyas por un par de segundos. Volvió a su asiento tras el escritorio. Nosotros nos dirigimos a la puerta. Mi último recuerdo de él fue la de un hombre absorto en la lectura del fajo de documentos en su escritorio.

El maestro Arreola

Guillermo tenía varios compromisos ese día y se llevó a Arturo con él. En su lugar, mi hermano Miguel Ángel, quien vivía en el Distrito Federal fue conmigo a ver al maestro Arreola. Lo primero que me impresionó en el piso que ocupaban el Maestro Arreola y su hermano era la cantidad de libreros llenos de tomos, volúmenes, textos y libros de todos tamaños, junto a alteros de manuscritos, algunos limpios y otros empolvados. Nos recibió como se recibe a invitados. Su hermano inmediatamente fue a la cocina y trajo una charola con tazas de café, vasos de agua, y algunos bocadillos de queso y jamón. Hablamos de los documentos en el sobre. Guillermo mandaba saludos, aunque él y nuestro hijo Arturo no habían podido acompañarnos.

Guillermo me había dicho ya que al maestro Arreola le angustiaba andar solo, en caso que se suscitara alguna situación crítica

o urgente. Vivía aparte de su esposa e hijos. Era mejor no hablarle de todo eso. Cosa que no se me hubiera ocurrido comentarle de cualquier modo.

Dos cosas en él me llamaron la atención. Su mirada y sus manos. En sus ojos habla la chispa de un hombre que captaba la realidad inmediata. La hurgaba. La seccionaba. Buscaba en ella los detalles importantes para relatarla después de manera oral o escrita. En otras palabras, el maestro era cuentero y cuentista. Todo le era de importancia. Sus manos eran elocuentes palomas al vuelo y enfatizaban lo que contaba con un abrir o cerrar de alas.

Aunque sabía nuestros nombres, nos llamaba “maestra” y “maestro”. Era observador, y posiblemente al ver la pregunta en mis ojos, me explicó que los escritores ejercían un oficio con la misma confianza y arte de un maestro ebanista o una maestra de escuela. No recuerdo sus palabras exactas, pero lo que entendí fue que un ebanista esculpía de acuerdo con lo que la madera misma le permitía y así proveía de estilo y función al mueble o molduras. La maestra de escuela primaria formaba y daba función al conocimiento en la mente infantil. Ambos respetaban su artesanía que era parte de su expresión artística. El escritor y el poeta hacían lo mismo.

Fue en ese momento que rogué a los santos encargados de ese día que el maestro Arreola aceptara la invitación de la Universidad de California en Berkeley. Y los santos me lo concedieron. Para fines de mayo, Guillermo dio aviso que el Maestro Arreola y su hija Claudia llegaban a Berkeley en un par de semanas. La universidad no les había

encontrado vivienda todavía. Me pidió que se alojaran en mi casa por un tiempo, y por supuesto que lo acepté con gusto.

En ese tiempo mi hijo Arturo y yo vivíamos en una pequeña y modesta casita de dos recámaras, en una calle que marcaba el límite imaginario entre las ciudades de Berkeley y Oakland. Arturo estaba feliz porque yo iba a dormir en su recámara; Claudia y el maestro en la mía. Les proporcioné la llave de la casa, ya que al día siguiente yo tenía que trabajar y Arturo iba al kínder-guardería infantil. Al día siguiente Guillermo iba a recoger a los Arreola para llevarlos al campus.

En la esquina, a media cuadra de la casa, había una licorería llamada “White Horse.” El maestro me preguntó si vendían buenos vinos de California. Por supuesto. Tenían excelente selección de vinos de mesa de los valles de Napa, Sonoma y Mendocino, California, además de vinos importados de España, Portugal, Francia, Italia y Alemania. Claudia y yo íbamos de compras al supermercado, pero a mi regreso, le prometí que con todo gusto lo acompañaría a la licorería de la esquina a comprarlos.

De vuelta del mercado, Claudia y yo encontramos las botellas de vino ya sobre la mesa. El maestro no nos esperó. Tomados de la mano, él y Arturo habían ido ya a la esquina y regresado a la casa con varias botellas de “borgoñas” de California y de Francia. Además, habían traído viandas para la cena. A Claudia le pareció divertido el asunto, pues en lugar que el maestro cuidara a Arturo, era mi hijo quien lo había cuidado. Le pregunté a Arturo si le había podido traducir al inglés lo que pedía el maestro. Los dos se miraron, asintieron con la cabeza y

sonrieron. Cenamos. El maestro saboreaba su vino. Sentado junto a él, Arturo, complacido, bebía de su gran vaso de leche.

El cariño entre ellos creció. El maestro Arreola se sentaba frente al televisor por las tardes junto a Arturo a ver el programa "Plaza sésamo-Sesame Street". Claudia y yo gozábamos al oírlos cantar las cancioncitas en el programa. Y el maestro se admiraba de lo mucho de inglés que él ya iba aprendiendo con sólo oír a Big Bird, y al malhumorado Óscar.

El sábado por la mañana, el maestro me pidió que lo llevara a una tienda donde pudiera comprar un juego de piezas para armar un avión de modelo. Le gustaba entretenerse en eso de vez en cuando. Lo hicimos. Por dos días se entretuvo en cortar con navaja de rasurar las diferentes piezas, lijarlas, pegarlas, barnizarlas. Se profundizaba de tal modo en la construcción del avión de modelo que parecía como si se hubiera transportado a otro universo. No hablaba. No se levantaba a comer algo. No tomaba nada. Un par de veces, cuando leía algo que le interesaba, lo hacía con la misma concentración. Me supuse que cuando escribía, algo similar le pasaba, y lo hacía con el ser total: alma, vida y corazón.

Un par de veces, invité a compañeras de la universidad y otros amigos a conversar con él. Embelesados, escuchábamos sus relatos y cuentos. Al ver la guitarra que Margarita, una amiga, hija de madre mexicana y padre angloamericano, traía, El maestro Arreola le pidió que le cantara algo. Tocó y cantó algunas canciones ella sola o acompañada de los demás.

Cuando las amistades se marcharon, el maestro se quedó pensando un momento y me comentó que era evidente que el español era un segundo lenguaje para Margarita. Sin embargo, le fascinaba que cuando la oía cantar en español el acento desaparecía totalmente. Me contó brevemente de su estancia en Francia, riéndose de algunas de sus experiencias al aprender otro lenguaje en su contexto cultural propio. Pero lo que veía en EE.UU. no era en nada parecido a su experiencia en Francia. Entre bostezos dijo que era verdaderamente el crisol del que tanto se hablaba. De ahí en adelante le pareció interesante el experimento racial, cultural y lingüístico de la mezcla y/o convivencia de tantas razas y etnias del mundo en el país.

Cada noche, cuando todo ya estaba listo para el día siguiente, la cocina ya limpia, mi hijo ya dormido, Claudia y el maestro leyendo en sus camas, yo me sentaba en la cocina a leer, hacer tarea, y escribir lo que aflorara en mi mente. Esa tristeza profunda que me asediaba en momentos de absoluto silencio, la trataba de reducir a versos para poder trascenderla. Con el tiempo, y me supongo con la práctica, los versos se acomodaban al parecer solos y la pluma en la mano tenía sólo que obedecerlos. El alivio que me invadía al dejarlos escaparse y quedar plasmados en el papel era un sentimiento que nunca antes había sentido. No importaba si lo que escribía era buena poesía o no, si se iba a publicar o no. Nada en la vida me había traído tal sosiego como sentarme a escribir cada noche.

Una de esas noches, el maestro entró a la cocina a llevarse un vaso de agua a su

recámara. Sobre la mesa había varios poemas míos que había pasado a máquina ya. El maestro les dio un vistazo a los primeros dos poemas. Me miró como si me conociera por primera vez. Me dijo que, si algún día necesitaba o quería enseñárselos, que lo hiciera con toda confianza. Le di las gracias y le dije que así lo haría.

A los tres días, un viernes, nos avisaron que les habían encontrado departamento, a cuatro cuadras del campus. Lo estaban limpiando y pintando y podrían mudarse en una semana. Guillermo estaba de vuelta y les prometió llevarlos a San Juan Bautista el domingo. Pasó por ellos temprano, para que caminaran por el pueblito y almorzaran en un restaurante muy popular antes de la función.

Arturo y yo fuimos a la lavandería temprano. No me preocupé de limpiar la casa. La cocina y el baño estaban limpios y eso era lo esencial. Preparé un par de tortas, bolsitas de papitas, termos de leche y café y jugo de naranja. En otra bolsa puse los trajes de baño, toallas, un cobertor ya viejito para tender en el suelo. Después nos fuimos al parque regional Tilden en las colinas de Berkeley. Dimos varias vueltas en el carrusel, mi hijo montado en un caballito blanco y yo en el negro junto al suyo. Chapoteamos en el lago Anza. Disfrutamos del almuerzo a la sombra de un roble majestuoso. Bajo su fronda Arturo durmió la siesta y yo revisé varios de mis poemas que había decidido darle al maestro Arreola para que los leyera ya instalado en su departamento en Berkeley.

Ya cayendo la tarde, regresamos a la casa. El maestro y Claudia estaban ya de vuelta. Claudia me dijo que su papá dormía. Que había regresado exhausto y medio enfermo,

pero que prefería que él me dijera la razón. Algo en la voz de ella me advertía que el viaje a San Juan Bautista no había sido lo que esperaban. Guillermo también le había pedido que me dijera que le llamara. Antes de hablar con Guillermo, le pedí que me dijera lo que aconteció. De ese modo, ella y yo podíamos encontrar el modo de tranquilizar al maestro.

Todo había marchado bien hasta el momento de la función en el teatro. La obra que el Teatro campesino había montado era una serie de "skits" o parodias caricaturescas de situaciones que afrontaban los campesinos, y en especial las campesinas de la Unión-UFW de César Chávez. Entre ellas muchas filipinas y mexicanas-chicanas.

Los agricultores, dueños de las haciendas y campos de cultivos eran todos "blancos" y adinerados. Se negaban rotundamente a negociar nuevos contratos con los trabajadores agrícolas. En lugar de eso, habían contratado a trabajadores de los muelles. Altos, fornidos, agresivos y pendencieros, con bates de béisbol en las manos, estos se paraban frente a las huelguistas y las insultaban con leperadas mientras se tocaban el pene y los testículos, para así forzar a los hombres a defender a sus mujeres físicamente. Los dirigentes y otros huelguistas de la UFW formaban un muro de silencio alrededor de ellas y se mantenían ecuanimes.

Ésta era la realidad. La habíamos presenciado muchos de nosotros en todos los valles de California. Era la mira de Luis Valdez de representar esta realidad sin adornos, tan cruel, cruda y violenta, en lenguaje y acción, como en verdad lo era. Cuando por fin hablamos de ello, el maestro Arreola ya estaba

más calmado. Tan duro como le fue sentarse ahí por casi dos horas, sintiéndose en momentos como un niño huérfano, desarrapado, con miedo y ganas de salir corriendo del teatro, le parecía bien que Guillermo lo hubiera llevado a San Juan Bautista, que lo hubiera expuesto a esa realidad que enfrentaban los mexicanos, sus compatriotas, en California.

No volvimos a hablar de eso durante su estancia en Berkeley. El maestro le entregó a Arturo el avioncito que le había hecho. Lo colgamos en su recámara. A los dos días, se mudaron a su departamento cerca del campus. Me recordó que esperaba en algún momento que le diera a leer mis poemas. Nos veríamos en la universidad con frecuencia. Claudia me llamaba cuando algo se les ofrecía. En una de esas veces que pasé a darle un par de botellas de vino que Arturo y yo les habíamos comprado en la licorería del White Horse, antes de irnos, con mano temblorosa, le entregué veinte de mis poemas, pasados a máquina. Habíamos establecido ya una relación basada en la honestidad, respeto y cariño. Estaba segura que él iba a ser sincero conmigo.

Un jueves por la tarde, lo vi en la oficina de estudios chicanos, platicando con Margarita, la amiga mía que tocaba la guitarra, y a quien había conocido en mi casa. Esperaba a Claudia que había quedado de encontrarlo ahí. Los llevé a su departamento y en camino me pidió que los fuera a ver al día siguiente, con Arturo por supuesto. Quería hablar conmigo acerca de mi poesía.

Esa noche me fue difícil dormir, estudiar o escribir. Recogí a Arturo en la guardería infantil temprano y llegamos a la hora acor-

dada. Arturo inmediatamente le echó los brazos, y le dio el paquete de viandas que le llevábamos. Mi hijo llevaba sus juguetes y su libritos favoritos. Se entretuvo mientras el maestro y yo hablábamos. Me sudaban las manos, aunque temblaba de frío. El maestro me sonrió y me dijo que estuviera tranquila. Le habían gustado mucho los poemas y eso le alegraba sobremanera. Había algo en un poema que quería indicarme. Me mostró el poema "Cofradía de inservibles" en el que había un pequeño error de ortografía. Había escrito la palabra "sacerdotisa" con zeta y debía ser con ese. Eso era todo. Me volvió el calor al cuerpo. Al despedirnos, me sugirió que cuando tuviera suficientes poemas para publicar mi primera colección que le mandara el manuscrito para escribirle un prólogo.

Entre otras personas en el campus, el maestro había conocido a dos de mis mejores amigas: Berta Ramona Thayer y Catherine Rodríguez-Nieto, a quien yo había conocido también por conducto de Berta. Catherine se interesó en mi obra poética y se ofreció a traducir mis poemas al inglés. En ese tiempo, Catherine trabajaba en el laboratorio de idiomas de la universidad. Ella se encargaba de hacer arreglos para grabar las pláticas y cátedras de conferencistas y catedráticos invitados de la universidad, y hubo ocasión para conocer a Juan José Arreola y grabar sus pláticas.

Un día, por casualidad, transitábamos por la avenida Telegraph, en camino a mi casa a cenar. De repente, el maestro me pidió que diera media vuelta. Le obedecí. Me pidió que parara en una esquina dos cuadras atrás. Lo hice. Nos bajamos del auto frente

a un estudio de fotografías. Señaló con el dedo a una de las fotos y me dijo que conocía a esa persona. Margaret Shedd, quien había establecido un taller de literatura en la ciudad de México, con subvención de la Fundación Ford. En ese taller había reunido a varios escritores mexicanos, incluyéndolo a él y Juan Rulfo. Me reí y le dije que yo la conocía también. Margaret había reunido a varios poetas y escritores en Berkeley, entre ellos yo. Con una subvención de la Ford, habíamos formado una organización llamada Aztlán Cultural. Qué tal si la llamaba y la invitábamos a cenar. A los dos días, fuimos a almorzar a la casa de Margaret. Fue una linda reunión. Ella había hecho posible que los escritores y poetas mexicanos se reunieran una vez por mes. Ese grupo fue el que estableció lo que después vino a ser El centro mexicano de escritores. El maestro y Claudia salían de vuelta a México en una semana.

Cuando llegó el momento del retorno a México, Guillermo se ofreció a llevar al maestro y a Claudia al aeropuerto de San Francisco. Sin embargo, Arturo y yo fuimos a despedirnos de él y Claudia. Arturo no quería soltar de la mano al maestro. Yo apenas podía contener las lágrimas. Claudia y el maestro nos aseguraron que volveríamos a vernos.

Hablábamos de vez en cuando con el maestro. Pero las vidas a veces siguen sendas distintas, y ese parecía ser nuestro destino. El maestro se ocupó en una serie de televisión. Cuando le pregunté si hablaba de sus escritos, y a propósito de ellos, si seguía escribiendo. Se rió y me contestó que ya no era "escritor", que ya no era nada más que "hablador". La conversación fue corta, pero

llena de su buen sentido del humor. Según me contaba mi familia, quienes veían el programa del maestro Arreola religiosamente, sus charlas eran muy populares. Hablaba sobre la política, la literatura, y muchos otros tópicos de interés a los televidentes, de una manera sencilla y agradable. Había encontrado su nicho. Me alegré, aunque sabía que íbamos a verlo o poder hablar con él menos y menos.

Mientras tanto, la vida nuestra continuaba con sus altos y sus bajos. Con el propósito de que Arturo creciera cerca de las familias de su papá y mía, y que se familiarizara con la cultura mexicana y aprendiera el español que le daba voz a esa cultura, desde los seis años lo mandábamos a pasar los veranos en San Luis Potosí. Yo tenía que trabajar la sesión de verano de seis semanas, para solventar sus viajes y estancia en San Luis. Para entonces yo era maestra en las escuelas públicas de Oakland, California. Al fin de la sesión iba a San Luis por dos o tres semanas, para estar con la familia y traer a Arturo de vuelta a Oakland.

Los Corpi éramos una familia grande. Mi hermana Conchita y yo éramos de las mayores. Luis Enrique, el menor, le llevaba dos años a Arturo e iban creciendo como si fueran hermanos. Conchita estaba casada con Jorge, quien era médico. Vivían en Saltillo. Tenía dos hijos y dos hijas. En edad, Arturo encajaba perfectamente entre mi hermano menor y mis dos sobrinos. Se llevaban bien. Mi mamá, Luis Enrique y Arturo se pasaban por lo menos un par de semanas con mi hermana y su familia en Saltillo.

En el verano de 1978, Arturo pasaba unas semanas con mi hermana y su familia

en Saltillo. Yo acababa de salir de vacaciones y me preparaba para viajar a México. Ese domingo de julio, sonó el teléfono como a las cuatro de la tarde. Era mi hermana. A media mañana, un taxi viajaba a más velocidad de lo debido y no se había detenido en la señal de alto. Había chocado con otra camioneta del ayuntamiento. El impacto fue tal que el taxi terminó en la banquetta.

Mi hijo y hermano, estaban sentados en los escalones a la entrada de una tiendita de abarrotes. Mis sobrinos estaban parados a cada lado de ellos. El taxi le pegó a Arturo de lleno en la rodilla derecha, empujándole el fémur fuera de la articulación hacia adentro. Mi hermano y mi hijo sufrieron quemaduras en la cara y brazos al salpicarles el agua hirviente del radiador.

Mis sobrinos corrieron a avisarle a mi hermana. Mi cuñado era médico traumatólogo en el hospital del Seguro Social. De inmediato mi hermana llamó a la ambulancia y a urgencias con instrucciones de Jorge en cuanto a equipo e instrumental necesarios para la intervención. Para cuando mi hermana me llamó para decirme todo eso, ya había pasado lo peor. Me dijo que todo estaba bien y que no me apurara en viajar inmediatamente a Saltillo. Le dije que le hablaba más tarde. Volví a llamarle esa noche ya tarde. Hice los arreglos de viaje. Después de siete horas de viaje, llegué directo al hospital en donde ya me esperaba mi cuñado Jorge.

Pasaba la noche entera sentada en una silla, al lado de mi hijo. Iba a bañarme y comer algo y volvía al hospital. Arturo salió a las dos semanas. Tuvo que aprender a andar con muletas. Al cabo de una semana más de práctica, ya podía manejarse mejor. Vo-

lamos de Monterrey al D.F. con una espera de cuatro horas para tomar el vuelo directo de México a San Francisco. Mi mamá y mi hermano, se fueron con nosotros.

Arturo se puso contento cuando le dije que le iba a llamar al maestro. De esas coincidencias que lo hacen a uno pensar que hay en verdad relaciones mágicas, el maestro contestó el teléfono. Apenas le pude contar lo que había sucedido cuando me dijo que él y Claudia salían de inmediato al aeropuerto. Le dije en dónde encontrarnos y en un poco menos de una hora estaban ya a nuestro lado, abrazando a Arturo. Les presenté a mi mamá y mi hermano menor. Fuimos al restaurante más cercano a tomar algo. Él platicó con Arturo y mi hermano. Claudia habló con mi mamá y conmigo. Anunciaron nuestro vuelo. Antes de despedirse, me dijo al oído, que tenía una madre muy hermosa. Le di una mirada de esas de madre superior. Y nos reímos. Nos despedimos con un "hasta siempre", pues habían pasado ya seis años desde la vez última que nos habíamos visto con él y Claudia. Era difícil predecir si nos volveríamos a ver.

Tenía ese presentimiento que nuestras vidas nos iban a llevar por caminos diferentes, aunque nuestra amistad continuara por teléfono. Sentía que el círculo se iba cerrando. Hubo solamente un contacto directo con él, en el año de 1979. Tenía ya suficientes poemas y las correspondientes traducciones al inglés de mi amiga Catherine. La editorial me pidió que me pusiera en contacto con el maestro Arreola y le pidiera que escribiera el prólogo a mi colección de poemas, *Palabras de mediodía/Noon Words*.

Nos pusimos en contacto con el maestro Arreola, pero había solo un impedimento. Tenía que grabarse y entonces transcribirse. Yo no podía ir. Alcides Rodríguez Nieto, esposo de Catherine, le sugirió a Catherine que fuera ella. Después de unos días accedió. Nos pusimos en contacto con el maestro y él estuvo de acuerdo. Cathy partió a México y cuatro días después regresó con las cintas grabadas. Las transcribimos y editamos hasta reducir el texto a ocho páginas y ocho más de la traducción al inglés. Un año después, teníamos en las manos el primer ejemplar de nuestro libro.

Le mandamos un ejemplar al maestro, pero no nos avisó si lo había recibido. En una vuelta a México, Arturo y yo pasamos por su departamento y tocamos, pero nadie abrió la puerta. Le dejé una tarjetita diciéndole que sentíamos no haberlo encontrado. Años después me invitaron a la Feria del libro en Guadalajara a leer mi trabajo y hablar sobre la literatura chicana. Me enteré que el maestro daba una charla el mismo día que

yo llegaba. Si todo salía bien tal vez lograra verlo, aunque fuera de paso. Mi vuelo se retrasó dos horas y apenas si llegué a tiempo para mi charla y lectura de mi obra. El maestro Arreola, me dijeron, había partido una hora antes de que llegara mi vuelo.

De vez en cuando, en retrospectiva, hago conciencia de acontecimientos y personas que han hecho posibles tantos logros en mi vida y mi trayectoria como poeta y escritora. La lista es larga y les agradezco a todos y todas en ella. Arturo y mis nietos siempre presentes en alma, corazón y mente, en donde llevo también a Catherine, su esposo Alcides y sus hijos, y mi familia en México. En un lugar muy especial guardo el recuerdo del maestro Juan José Arreola, vivo, cuentero y cuentista, tal como Arturo y yo lo vimos a él y a Claudia por última vez en el aeropuerto de la Ciudad de México. ¡Salud, Maestro!

Lucha Corpi
Oakland, California
30 de junio del 2018